

ARGUMENTO  
DE  
**D. Juan Tenorio**

(de D. José Zorrilla)

**PRIMERA Y SEGUNDA PARTE**



**Precio: 10 céntimos**

# PRIMERA PARTE DEL TENORIO

Brígida—¿Tiene alguna por ventura el semblante de D. Juan?

D.<sup>a</sup> Inés—No sé desde que le ví

Brígida mía, y su nombre me digiste, tengo á ese hombre siempre delante de mí.

Por doquiera me distraigo con su agradable recuerdo, y si un instante le pierdo en su recuerdo recaigo.

No se qué fascinación en mis sentidos ejerce, que siempre hacia él se me tuerce la mente y el corazón;

y aquí en el oratorio, y en todas partes advierto que el pensamiento divierto con la imagen de Tenorio.

Brígida—¡Valgame Dios, D.<sup>a</sup> Inés! según lo vais explicando tentaciones me vais dando de creer que eso amor es.

D.<sup>a</sup> Inés—¡Amor has dicho!

Brígida —Sí amor.

D.<sup>a</sup> Inés—No, de ninguna manera.

Brígida—Pues por amor lo entendiera el menos entendedor:

más vamos la carta á ver; ¿en que os parais? un suspiro.

D.<sup>a</sup> Inés—¡Ay qué cuánto más la miro menos me atrevo á leer!

(Lee) «D.<sup>a</sup> Inés del alma mía.»

¡Virgen Santa qué principio!

Brígida—Vendrá en verso, y sera un que traerá la poesía, (ripio

D.<sup>a</sup> Inés—(Lee) «Luz de donde el sol la hermosísima paloma (toma

privada de libertad.  
 si os dignais por estas letras  
 pasar vuestro lindos ojos  
 no los torneis con enojos  
 sin concluir, acabad »

Brígida—¡Que humildad. y qué finura!  
 ¿dónde hay mayor rendimiento?

D.<sup>a</sup> Inés—Brígida no sé qué siento.

Brígida—Seguid, seguid la lectura.

D.<sup>a</sup> Inés—(*Lee*) «Nuestros padres de  
 nuestras bodas acordaron (consuno  
 porque los cielos juntaron  
 los destinos de los dos.

Y halagado desde entonces  
 con tan risueña esperanza  
 mi alma, D.<sup>a</sup> Inés, no alcanza  
 otro porvenir que vos.

De amor con ella en mi pecho  
 brotó una chispa ligera,  
 que han convertido en hoguera  
 tiempo y afición tenaz.

Y esta llama que en mi mismo  
 se alimenta inextinguible;  
 cada día más terrible  
 va creciendo y más voraz.»

Brígida—Es claro; esperar le hicieron  
 en vuestro amor algún día,  
 y hondas raíces tenía  
 cuando arrancársela fueron.

Seguid.

D.<sup>a</sup> Inés—(*Lee*.) «En vano á apagarla  
 concurren tiempo y ausencia,  
 que doblando su violencia  
 no hoguera ya, volcán es;  
 y yo en medio del cráter  
 desamparado batallo,  
 suspendido en él me hallo  
 entre mi tumba y mi Inés.»

Brígida—¿Lo veis, Inés? Si ese orario  
 le despreciais, al instante

le preparan el sudario.

D.<sup>a</sup> Inés—Yo desfallezco.

Brígida —Adelante.

D.<sup>a</sup> Inés—(Lee.) «Inés, alma de mi alma,  
perpétuo imán de mi vida,  
perla sin concha escondida  
entre las algas del mar;  
garza que nunca del nido  
tender osastes el vuelo  
al diáfano azul del cielo  
para aprender á cruzar;  
si es que á través de esos muros  
el mundo apenada miras,  
y por el mundo suspiras  
de libertad con afán,  
acuérdate que al pie mismo  
de esos muros que te guardan  
para salvarte te aguardan  
los brazos de tu D. Juan.»

(Representa)

¿Qué es lo que pasa, ¡cielo!  
que me estoy viendo morir?

Brígida—Ya tragó todo el anzuelo.

Vamos, que está al concluir.

D.<sup>a</sup> Inés—(Lee.) Acuérdate de quien  
al pie de tu celosía, (llora  
y allí le sorprende el día  
y le halla la noche allí;  
acuérdate de quien vive  
sólo por tí, ¡vida mía!  
y que á tus pies volaría  
si le llamaras á tí.»

Brígida—¿Lo veis? ¡Vendría!

D.<sup>a</sup> Inés —¡Vendría!

Brígida—A postrarse á vuestros pies.

D.<sup>a</sup> Inés—¿Puede?

Brígida —¡Oh! sí.

D.<sup>a</sup> Inés ¡—Virgen María!

Brígida—Pero acabad, D.<sup>a</sup> Inés.

D.<sup>a</sup> Inés—(Lee.) «Adios, oh luz de mis ojos;

adiós, Inés de mi alma,  
medita por Dios en calma  
las palabras que aquí van;  
y si odias esa clausura,  
que ser tu sepulcro debe,  
manda, que á todo se atreve  
por tu hermosura D. Juan.\*

(Representa D.<sup>a</sup> Inés)

¡Ay! ¿qué filtro envenenado  
me dan en este papel,  
que el corazón desgarrado  
me estoy sintiendo con él?  
¿Qué sentimientos dormidos  
son los que revela en mí?  
¿qué impulsos jamás sentidos?  
¿qué luz, que hasta hoy nunca ví?  
¿Qué es lo que engendra en mi alma  
tan nuevo y profundo atán?  
¿Quién roba la dulce calma  
de mi corazón?  
Brígida —D. Juan.

D. Juan—¿A dónde vais, D.<sup>a</sup> Inés?

D.<sup>a</sup> Inés—Dejadme salir, D. Juan.

D. Juan—¿Qué os deje salir?

Brígida —Señor.

sabiendo ya el accidente  
del fuego, estará impaciente  
por su hija, el Comendador.

D. Juan—¡El fuego! ¡Ah! no es de cui-  
por D. Gonzalo, que ya (dado  
dormir tranquilo le hará  
el mensaje que le he enviado.

D.<sup>a</sup> Inés—¿Le habeis dicho?

D. Juan —Que os hallabais  
bajo mi amparo segura,  
y el aura del campo pura  
libre por fin respirabais,  
Cálmate pues, vida mía;  
reposa aquí, y un momento

olvida de tu convento  
la triste cárcel sombría.  
¡Ah! ¿No es cierto ángel de amor,  
que en esta apartada orilla  
más pura la luna brilla  
y se respira mejor?

Esta aura que vaga llena  
de los sencillos olores  
de las campesinas flores  
que brota esa orilla amena;  
esa agua limpia y serena  
que atraviesa sin temor

la barca del pescador  
que espera cantando el día,  
¿no es cierto, paloma mía,  
que están respirando amor?

Esa armonía que el viento  
recoje entre esos millares  
de floridos olivares  
que agita con manso aliento;  
ese dulcísimo acento  
con que trina el ruiseñor

de sus copas morador  
llamando al cercano día,  
¿no es verdad, gacela mía,  
que están respirando amor?

Y estas palabras que están  
filtrando insensiblemente  
tu corazón ya pendiente  
de los labios de D. Juan

y cuyas ideas van  
inflamando en su interior  
un fuego germinador  
no encendido todavía,

¿no es verdad, estrella mía  
que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas  
que se desprenden tranquilas  
por tus radiantes pupilas  
convidándome á beberlas;

evaporarse á no verlas  
de si mismas al calor  
y ese encendido color  
que en tu semblante no había,  
¿no es verdad, hermosa mía,  
que están respirando amor?  
¡Oh! si, bellísima Inés,  
espejo y luz de mis ojos,  
escucharme sin enojos  
como lo haces amor es:  
mira aquí á tus plantas pues  
todo el altivo rigor  
de este corazón traidor  
que rendirse no creía  
adorando, vida mía,  
la esclavitud de tu amor.

D.<sup>a</sup> Inés—Callad por Dios: ¡oh! D. Juan

que no podré resistir  
mucho tiempo sin morir  
tan nunca sentido afán.

¡Ah! callad por compasión,  
que oyéndoos me parece  
que mi cerebro enloquece  
y se arde mi corazón.

¡Ah! me habeis dado á beber  
un filtro infernal sin duda  
que á rendiros os ayuda  
la virtud de la mujer.

Tal vez poseéis, D. Juan,  
un misterioso amuleto  
que á vos me atrae en secreto  
como irresistible imán.

Tal vez Satán puso en vos  
su vista fascinadora  
su palabra seductora,  
y el amor que negó á Dios.

Y qué de hacer; ¡ay de mí!  
sino caer en tus brazos,  
si el corazón en pedazos  
me vais robando de aquí!

No, D. Juan en poder mio  
resistirte no está ya  
yo voy á tí como va  
sorbido al mar ese río.  
Tu presencia me enagena,  
tus palabras me alucinan,  
y tus ojos me fascinan,  
y tu aliento me envenena.  
D. Juan, D. Juan! yo lo imploro  
de tu hidalga compasión:  
ó arráncame el corazón,  
ó ámame, porque te adoro.

Gran surtido en romances, sainetes, aleluyas, rueda de los enamorados, de los amantes y de la fortuna, libritos de cortejar, juegos de manos, de cocina, de sueños y planetas. Además hay un numeroso y variado surtido en novelas históricas.

De venta: Enrique Jordana, Balsas de San Pedro, 18.—Barcelona.